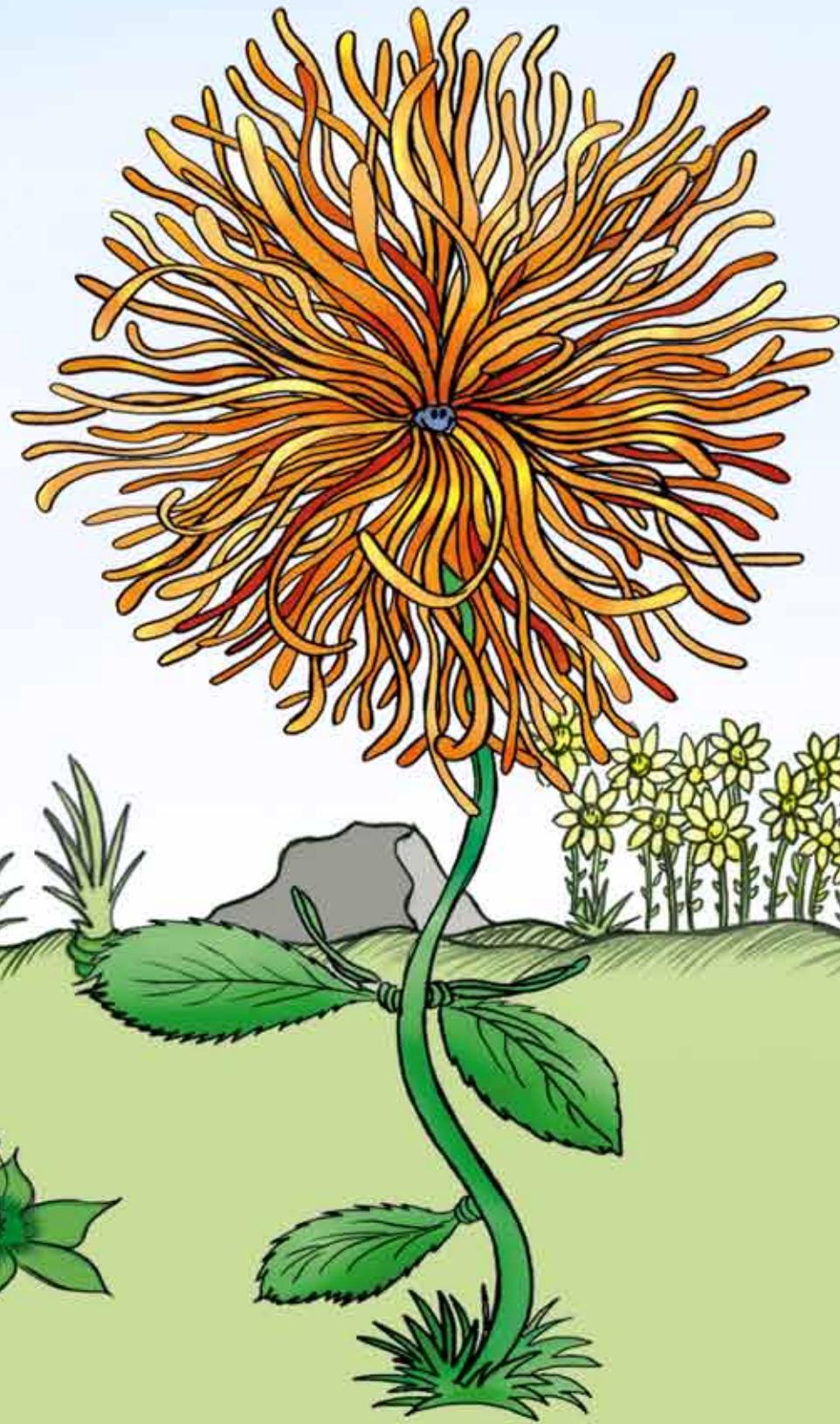


Cuando Lulú nació, el sol brilló como nunca.  
¡Otra mariposa venía al mundo!

Pero apenas salió de su capullo... ¡Plaf!

—¡Ayyy...! —Lulú batió sus alitas, y nada.  
Por más que intentaba, nada pasaba.

¿Cómo? ¿Una mariposa que no vuela?



—Ven a visitarme —le pidió una flor grande y hermosa—. Todas las mariposas son bienvenidas.

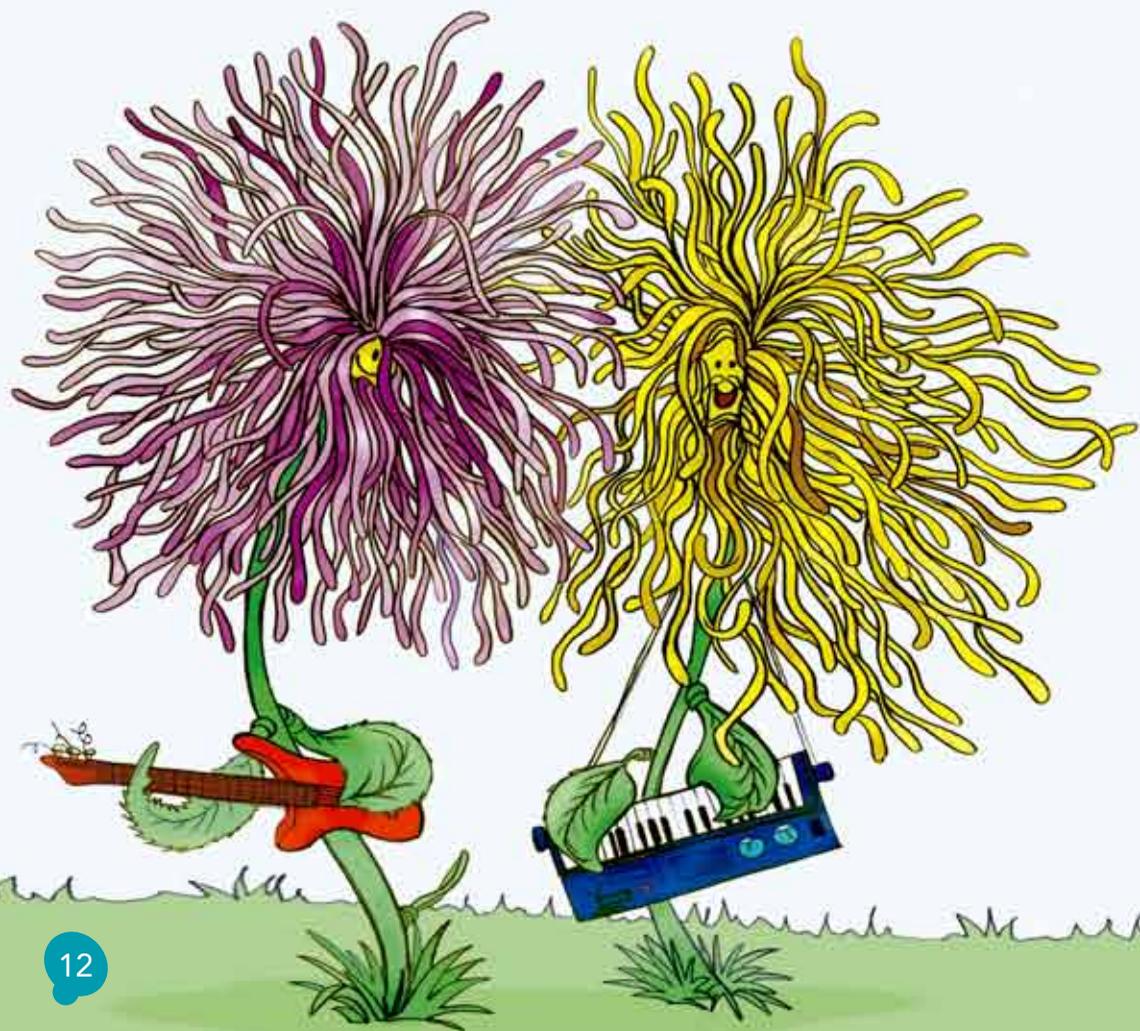
—¡Qué bonita, ya voy, ya voy! Pero... ¿cómo llegaré hasta allá arriba? Si trato de volar, me voy a caer...



—¿Por qué trepas como una hormiga? ¿No eres acaso una mariposa? —preguntaron los girasoles.

—Después debes visitarme a mí, y para eso debes volar —susurró una amapola, balanceándose.

—¡No te olviides de nosotracas! ¡Tienes que volar, si no, no llegarás! —cantó un coro de camelias.



¡Volar!

Todos le decían que debía volar, pero nadie le explicaba cómo se hacía.

Sus antenitas temblaron.

Qué lío cuando sabes lo que puedes hacer, pero no sabes cómo.



—¡BZZZZ! ¡BZZZZ! —le gritó una mosca—. ¡Fuera de aquí! ¡BZZZ! ¡BZZZ!

Llegaron más moscas agresivas y arrogantes. Para ellas no existía la compasión.

—Somos fuertes y poderosas. ¡No le tenemos miedo a nada!

—¡No sabe volar, no sabe volar! —le gritaron con desprecio.



—¡Nosotras sí sabemos! De atrás para adelante, de arriba abajo, de izquierda a derecha... ¡En círculos! ¡Jajaaa...! ¡Con alas tan feas y con esa cabezota tan grande, jamás despegarás del suelo! ¡Mírame! ¡Así se vuel...!

¡CHAS!

¿Qué pasó? ¿Y la mosca? Ya no estaba.